

DOCUMENTO 6

Trovas Colombinas

Trovas Colombinas se publicó en 1881. Sobre esta obra, opina Manuel Gutiérrez Nájera que la intención del pensamiento de Peón Contreras, “no fue emprender un gran poema ni tan siquiera la historia rimada del navegante genovés; tomó adrede los episodios más salientes de su vida”, y quiso encerrarlos en una serie de pequeñas trovas.

Selección de Trovas Colombinas

CRISTOBAL COLON

I

Espíritu gigante que otros mundos
 en el espacio habitas,
torna al sepulcro que tu cárcel guarda
y dale forma á tu inmortal ceniza.

Despierta, y otra vez mendigo y loco
 arrastrate y camina;
vuelve á poner sobre tu frente augusta
la corona de rosas y de espinas.

Vuelva á vagar sobre tu mudo labio
 sardónica sonrisa;
que la estúpida plebe te escarnezca;
que la ignorancia torpe te maldiga.

Hiera otra vez tu corazón sencillo
 el arma de la envidia,
y torrentes de lágrimas, á solas,
mane en silencio la profunda herida.

Vuelva á cruzar por los iberos campos
 tu sombra fugitiva,
mientras te burla en los salones regios,
necia y audaz, la cortesana grita.

Torna á tender sobre la mar inquieta
 la poderosa vista;
tu llanto beba la arenosa playa,
y que besen tu sien auras marinas.

Y surca al fin los piélagos ignotos
 en la arbolada quilla,
y triunfa. . . . Y al rumor de tus cadenas
caiga en el polvo mi dorada lira.

II

Al mediar de la noche silenciosa
á la pálida luz de las estrellas,
vagaba por los mares lusitanos
una hermosa galera genovesa.

Iba de corso. El timonel velaba
viendo brillar el fósforo en la estela...
De repente paróse, gritó:—"fuego:"
y el fuego apareció sobre cubierta.

III

Ardía envuelta la galera en llamas,
no lejos de la costa;
ase un marino el remo con la diestra
y al hondo mar se arroja.

Lucha tenaz y con sobrado aliento
hiende las bravas olas,
y pisa al cabo con segura planta
riberas de Lisboa.

Dirige luego la mirada al cielo,
serena y melancólica,
y la vuelve á la mar, y la dilata
por su llanura lóbrega.

Las ondas á la tierra devolvían
al genio de las ondas;
la mar lo rechazaba, ¡Y para el náufrago,
en la tierra poca!

IV

Alto, robusto, varonil semblante
por noble, seductor;
la tez, un día transparente y blanca,
tostada del sol;

Blando el cabello, por el tiempo cano,
tal vez por el dolor;
su madre patria, Génova; su nombre
Cristóbal Colón.

V

Con la soledad se encierra,
sus penas no ha de contar,
ni a las flores en la tierra
ni á las olas en la mar.

Acaso sienta bullir
en su mente un pensamiento
que en su mente ha de morir,
pues en tan hondo aislamiento
¿á quién se lo va á decir?

No les ha de revelar
sus penas y sus temores,
pues no le han de contestar,
si está en la tierra, las flores,

El que á solas en su hogar,
ni las olas, si en la mar.

Vuelve á la tierra la flor
y la ola al mar, y al horror
del pasado, el sufrimiento;
y vuelve á el alma el lamento
que á el alma arranca el dolor.

Que el que á solas en su hogar
con la soledad se encierra,
sus penas no ha de contar,
ni á las flores en la tierra,
ni á las olas en la mar.

VI

No está la nube en los espacios sola
ni viven solas en el mar las algas;

y en el humano pecho
sola se muere de dolor el ánima.

Las olas se reclinan en las olas,
y las ramas del árbol en las ramas,
y en el agreste nido
se entretejen las alas con las alas.

El alma tierna de Colón un día
gimiendo en triste soledad ingrata,
halló por su ventura
el alma compañera de su alma.

Y flores tuvo la escarpada peña,
y blancos lirios de infecunda playa,
y la celeste bóveda
limpia y azul se reflejo en las aguas.

Brillo la luz de la perdida estrella
en la lóbrega noche de borrasca,
y penetró su rayo
en el sombrío corazón del nauta.